

La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

DUBLAN & C^o, impresores.

AÑO VI. }

MÉXICO, MARZO 1^o DE 1876.

{ NUM. 103.

CONVERSACIONES

SOBRE

LAS OBRAS DE DIOS

Y LAS

BELLEZAS DE LA NATURALEZA.

CONVERSACION OCTAVA.

Reino animal.—Los perros del monte de San Bernardo.
—Las vacas en la montaña.—Pájaros.—Peces.—Reptiles, etc.

El instinto tiene sus grados como la razon. (DELLER.)

En un aposento bien resguardado del frio, al lado de una chimenea ocupada por el tronco entero de una encina hecho brasas, Valeria, medio recostada sobre las rodillas de su padre, y rodeada de algunos amigos de su familia, prodigaba á uno tiernas caricias, ofrecia á otro una pequeña labor que para él habia hecho, y dirigia á todos preguntas llenas de

candor; cuanto veia excitaba vivamente su curiosidad.

Elvira manifestó deseos de ir, cuando el tiempo lo permitiese, á visitar las ruinas de la antigua abadía que se ve á corta distancia, y, á propósito de aquel piadoso establecimiento, habló de otras cosas de este género, y mencionó la mas célebre de todas: el hospicio del Gran San Bernardo.

¿Qué es eso del Gran San Bernardo, Elvira? preguntó inmediatamente Valeria con la vivacidad propia de sus años.

Elvira.—Muchas veces te he hablado ya de los Alpes. El monte San Bernardo es una de las mesetas mas elevadas de esas montañas. Se llamó en otro tiempo *mons Jovis*, del nombre de la divinidad pagana á la cual se habia consagrado en este lugar un templo célebre.

Es la morada eterna de las nieves. Todo allí es sombrío, estéril, helado. El frio es tal, que ninguna flor puede abrirse, ningun fruto madurar, planta ninguna prosperar en este paraje. Apenas si se hallan algunos líquenes mústios, algunos musgos descoloridos. Ningun sér humano puede habitar allí mucho tiempo sin experimentar la fatal influencia de un clima tan riguroso.

Sin embargo, hace ya muchos siglos, que los via-

jeros pasaban frecuentemente por este sitio, y eran muchos los que sucumbian en esta travesía peligrosa.

¡Desdichado del que se extraviase en estas soledades! pronto caia exhausto de fuerzas y moribundo. El frio entumecía sus miembros; sus párpados se cerraban por un sueño de plomo, y quedaba para siempre dormido bajo la nieve que no tardaba en cubrirlo con un sudario lívido y helado.

¡Desdichado del que fuese sorprendido en su aventurosa carrera por la tormenta de nieve: los terribles aludes! El infortunado sentia con estremecimiento que el suelo pérfido se desmoronaba bajo sus piés, ó veia con espanto caer sobre su cabeza la montaña de nieve que venia á pulverizarlo.

Hubo un tiempo en que la caridad cristiana, pronta siempre á aliviar todos los dolores, se inquietó particularmente de los peligros que corrian los viajeros. En esa época se edificaron varios conventos y hospicios en diversos países, con objeto de ofrecer á los caminantes, abrigo, socorro y proteccion.—Creáronse órdenes religiosas, para dedicarse exclusivamente á los trabajos de construccion y conservacion de puentes.

Entónces fué cuando hombres llenos de una heroica caridad se resignaron á habitar la cruda re-

gion de que hablamos, para consagrar á la salvacion de los que atravesaban los altos Alpes una vida que tan sublime sacrificio no podia menos de abreviar.

Cosa de un siglo despues, un santo sacerdote llamado Bernardo, que habitaba en la ciudad de Aoste, dió nuevo brillo á este monasterio que gobernó por espacio de cuarenta años. Este gran santo vivia en el noveno siglo. La institucion á que dió su nombre florece aún en esas soledades de hielo; y los viajeros de esas regiones saludan desde léjos la santa casa, como los de los desiertos africanos saludan el oasis ó la palmera que la mano de Dios coloca en su abrasado camino.

Los hombres verdaderamente admirables que se consagran á tan piadoso ministerio, son por lo regular unos veinticinco ó treinta. Además de la casa de que acabo de hablar, tienen otra situada en una temperatura mas soportable, á la cual envian los ancianos, los enfermos, los que entre ellos tienen una constitucion demasiado delicada para el clima de la casa principal, que es, dícese, la habitacion mas elevada de Europa.

Dos ó tres de entre los que quedan en la montaña salen todas las noches á cierta hora, y van á buscar por los alrededores los viajeros que pueden haberse extraviado.

Los hijos de San Bernardo se hacen acompañar por perros que los secundan admirablemente en sus piadosas pesquisas: aquellos intéligentes animales parecen animados de la misma caridad que los generosos solitarios. Van delante de ellos, y, por sus aullidos, por el sonido de una campanilla que agitan al efecto, los guian hácia al desdichado que necesita de sus auxilios.

A veces van solos los perros á recorrer los alrededores, y la vista de ellos reanima la esperanza en el corazon del que creia perecer sin socorro en medio de aquellos desiertos.

Por un sentimiento de justa gratitud, se ha escrito y conservado la historia de varios de estos héroes de una raza fiel y valerosa.

En el museo de Berna se ve henchida de paja la piel de un perro llamado Paris, que contribuyó á salvar la vida de unas veinte personas.

Yo he tenido ocasion de ver en sociedad á un joven inglés, el cual me ha asegurado habia sido arancado á una muerte inevitable por uno de esos osados é interesantes animales. Llamábase con justa razon *Valor*, y creo que vive todavía.

Estos perros pertenecen á una de las especies de dogos; son grandes y robustos, y no retroceden ante ningun obstáculo. Dóciles, cariñosos, pero al mismo tiempo bravos y celosos de su independencia, no pueden sufrir el peso de una cadena. Vagan por donde les parece, y acuden presurosos cuando sus amos los llaman.

Como no se recolecta cosa alguna en las cercanías del convento, los religiosos se ven precisados á tener un gran número de sirvientes para enviar á buscar, á muchas leguas de distancia, todos los objetos necesarios á la subsistencia. Ejercen la hospitalidad con la liberalidad mas amplia, y cada año reciben y hospedan un número considerable de personas: sus módicas rentas no bastarian para estos gastos, si con frecuencia no viniesen á aumentar sus recursos algunas piadosas ofrendas.

Valeria.—¿Cómo me gustaria ver ese país, y cuánto acariciaría al buen *Valor*!

Elvira.—Esos animales interesan verdaderamente, y diría hasta que merecen la amistad del hombre. Yo he visto un perro de otra especie, era un perro de Terranova, arrojarse al Ródano y sacar de él á una niña de cinco años, que habia caído accidentalmente en el agua, y que iba á perecer en la rapidez de la corriente; el perro se sumergió para ir á buscar al fondo, y consiguió al fin, aunque no sin esfuerzos apénas creibles, sacarla viva á la orilla. Al devolverla á su acongojada familia, parecia que el fiel animal participaba del gozo de los padres de aquella criatura: saltaba en rededor de ellos con trasportes de alegría tales cómo jamás se habian visto en él; lamia las manos de la niña, y luego se sentaba al lado de ella con un aire de gravedad

singular, cual si hubiese adquirido el derecho de velar él solo en adelante por su seguridad.

Todo el mundo copoce la tierna anécdota que cuenta Delille, en versos armoniosos, en su poema *Los Tres Reinos de la Naturaleza*. Un personaje poderoso instaba á un desgraciado para que se deshiciese de un perro, su único amigo.—Teneis que gastar en mantenerlo y os es completamente inútil: es menester que me lo cedais.—Ah! Excelentísimo Señor! ¿quién me amará entónces? respondió el infortunado.

Valeria.—Razon tenia el pobre hombre, y quizá era ciego tambien; ¿cómo habria podido pasarse entónces sin su perro? Por mi parte, yo querría mucho á esos pobres animales, sobre todo desde que me has contado la historia de esa niña. Pero, díme: esa abadía cuyas ruinas quieres tú ir á visitar, ¿era una casa como el hospicio del monte San Bernardo?

Elvira.—Fué fundada con el mismo objeto, y se hallaba situada en un paraje en que los viajeros corrían mil riesgos. Cuéntase que un caballero, al volver de una larga peregrinacion, fué atacado por unos bandidos á la entrada de un bosque, y que solo se salvó de sus manos por una especie de prodigio, despues de haber recibido numerosas heridas, y visto perecer varias personas de su séquito. Movidó á la vez por un sentimiento de gratitud hácia la Providencia que lo habia sacado de aquel peligro, y por una tierna compasion hácia los pobres peregrinos, decidió fundar en aquel sitio un hospicio, que con el tiempo se hizo célebre. El Conde, su soberano, y el Pontífice Romano le permitieron reunir allí trece religiosos, que se obligaron á servir á los pobres y ejercer la hospitalidad. El caballero se retiró del mundo y murió en aquella casa que habia fundado, y que perteneció sucesivamente á diferentes órdenes religiosas, aunque siempre con igual destino. Pocos años despues de haber muerto el fundador, esta casa reunia eclesiásticos, caballeros, cuyo empleo era servir de guía y escolta á los viajeros, y señoras de distincion que se dedicaban al cuidado de los enfermos.

Valeria.—¿Tenian tambien allí perros como los de los Alpes?

Elvira.—Parece que los hubo, al ménos en cierta época.

Valeria.—En verdad que es muy interesante estudiar el instinto de esos animales. Yo creo que La Fontaine tiene razon en decir que á veces pueden instruir á los hombres; los perros del monte San Bernardo nos ofrecen verdaderos modelos de intrepidez y de adhesion.

Elvira.—Tu reflexion es bastante justa, amiga mia, y me hace recordar un gracioso apólogo que leí, hace ya mucho tiempo, en un fabulista. Las expresiones, los detalles no están presentes á mi memoria; pero recuerdo sustancialmente el asunto y la doctrina de esta pequeña fábula.

Valeria.—Pues bien! díme lo que recuerdes.

EL PASTOR Y EL FILÓSOFO.

[FABULA.] *

De los confusos pueblos apartado
Un anciano pastor vivió en su choza,
En el feliz estado en que se goza
Existir ni envidioso ni envidiado.
No turbó con cuidados la riqueza
A su tranquila vida;
Ni la extremada mísera pobreza
Fué del dichoso anciano conocida.
Empleado en su labor gustosamente
Envejeció: sus canas, su experiencia
Y su virtud le hicieron finalmente
Respetable varon, hombre de ciencia.

Voló su grande fama por el mundo;
Y llevado de nueva tan extraña,
Acercóse un filósofo profundo
A la humilde cabaña.
Y preguntó al pastor: "Dime, ¿en qué escuela
Te hiciste sábio? ¿Asaso te ocupaste
Largas noches leyendo á la caudela?"

* Samaniego.

¿A Grecia y Roma sábias observaste?
¿Sócrates refirió tu entendimiento?
La ciencia de Platon, ¿has tú medido?
¿O pesaste de Tulio el gran talento?
¿O tal vez como Ulises has corrido
Por ignorados pueblos y confusos,
Observando costumbres, leyes y usos?

—“Ni las letras seguí, ni como Ulises
(Humildemente respondió el anciano)
Discurrí por incógnitos países.
Sé que el género humano,
En la escuela del mundo lisonjero,
Se instruye en la doblez y en la patraña:
Con la ciencia que engaña
¿Quién podrá hacerse sábio verdadero?
Lo poco que yo sé me lo ha enseñado
Naturaleza en fáciles lecciones:
Un odio firme al vicio me ha inspirado,
Que ejemplo de virtud dá á mis lecciones.
Aprendí de la abeja lo industrioso,
Y de la hormiga, que en guardar se afana,
A pensar en el día de mañana;
Mi mastín el hermoso,
Y fiel sin semejante,
De gratitud y lealtad constante
Es el mejor modelo,
Y si acierto á copiarle me consuelo.
Si mi nupcial amor lecciones toma,
Las encuentra en la cándida paloma.
La gallina á sus pollos abrigando
Con sus piadosas alas como madre,
Y las sencillas aves aun volando,
Me prestan reglas para ser buen padre.

“Sábía naturaleza, mi maestra,
Lo malo y lo ridículo me muestra
Para hacérmelo odioso.
Jamás hablo á las gentes
Con aire grave, tono jactancioso:
Pues saben los prudentes
Que, léjos de ser sábio el que así hable,
Será un buho solemne y despreciable.
Un hablar moderado,
Un silencio oportuno
En mis conversaciones he guardado:
El hablador molesto é importuno
Es digno de desprecio:
Quien escuche á la urraca será un necio.

“A los que usan la fuerza y el engaño
Para el ajeno daño,
Y usurpan á los otros su derecho,
Los debe aborrecer un noble pecho.
Unanse con los lobos en la caza,
Con milanos yalcones,
Con la maldita serpentina raza,
Caterva de carnívoros ladrones.
Mas ¡qué dije! Los hombres tan malvados
Ni aun merecen tener estos aliados.
No hay daño ni animal tan peligroso
Como el usurpador y el envidioso.
Por último, en el libro interminable
De la naturaleza yo medito.
En todo lo creado es admirable:
Del ente mas sencillo y pequenito
Una contemplacion profunda alcanza
Los mas preciosos frutos de enseñanza.”

—“Tu virtud acredita, buen anciano,
(El filósofo exclama)
Tu ciencia verdadera y justa fama.
Vierte el género humano
En sus libros y escuelas sus errores:
En preceptos mejores
Nos dá naturaleza su doctrina:

Así quien sus verdades examina
Con la meditacion y la experiencia,
Llegará á conocer virtud y ciencia.”

Valeria.—Gracias por tu historia, mi buena *Elvira*; ya procuraré ser sábía á la manera que el viejo pastor. Y puesto que es la industriosa abeja la primera que él se propuso por modelo, yo voy, como ella, á ser *trabajadora*. Difícil me será, porque tú me dices, y yo lo conozco, que soy un poco perezosa; pero yo venceré mi perezosa.

—Hé ahí una resolución laudable, mi querida amiga, dijo abrazando á Valeria el dueño de la casa, anciano clásico, que se servía con complacencia, en la conversacion, del estilo de la égloga. Hé ahí una resolución laudable; no la olvides jamás. Chupa las flores de una buena y prudente instruccion, como las abejas las de nuestros jardines, y reunirás un tesoro mil veces preferible al que recoge ella; un tesoro de conocimientos, de virtudes, de cualidades apreciables que encantarán tu vida y la de los que te rodearán. Pero, ¿quieres gustar los encantos de un talento cultivado? Pues guárdate de buscar el brillo, acordándote de que:

“El talento que se quiere tener echa á perder el que se tiene.”

Un jóven muestra la superioridad de su talento y la excelencia de la educacion que ha recibido, en la desconfianza que de sí mismo tiene. La modestia aumenta el brillo del talento con una especie de enternecimiento que encanta y que cautiva.

Los objetos mas graciosos de la naturaleza parecen buscar la oscuridad. Nos agrada la humilde violeta que, oculta en el césped, solo revela su presencia por su dulce perfume; amamos al lindo ruiseñor, que solo en medio de la noche y en el fondo del oscuro bosque exhala sus armoniosos cantos: esos cantos de misteriosa melodía, esa voz de la soledad.

Valeria.—Sí, el ruiseñor no canta sino en medio de los bosques, como si tuviera miedo de que lo admiráramos, y no quisiese encantar mas que á los señores lobos! Háblenme de esos lindos canarios: al ménos nos divierten y cantan para nosotros.

Elvira.—Son en efecto, como se ha dicho, los músicos de los salones.

Valeria.—Y aprenden las sonatas que les enseñan, mientras que el ruiseñor no deja oír mas que su gorgo natural.

Elvira.—Pero ¡cuán bello gorgo! ¡Qué flexibilidad en su garganta! qué expresion en sus acentos! Sí, aunque no por la fuerza ni por la beldad, el melodioso ruiseñor me parece que es el rey de los habitantes del aire.

Valeria.—Pues qué! ¿querrías destronar al águila?

M. de Montrol.—Valeria tiene razon. Concedes nuestra admiracion al Orfeo de los bosques; pero el águila, fuerte, intrépida, magnánima, debe continuar ocupando el trono donde hace mucho tiempo la colocaron los poetas y los naturalistas; continúa siendo rey de los pueblos del aire, como el leon lo es de los animales de la tierra. Oid, añadió M, de Montrol abriendo un libro que tenia á su lado; oid lo que Buffon nos dice de estas dos potencias:

«El águila tiene mucha semejanza física con el leon: la fuerza, y por consiguiente el imperio sobre las otras aves, como el leon sobre los cuadrúpedos: la magnanimidad; desdeñan uno y otro á los pequeños animales, y desprecian sus insultos; solo despues de haber sido provocada largo tiempo por los graznidos importunos de la corneja y de la urraca, se determina el águila á castigarlas de muerte: por lo demás, no quiere otros bienes sino los que conquista, ni otra presa que la hecha por ella misma: la temperancia; casi nunca come su caza toda entera, y deja, como el leon, los despojos y las sobras para otros animales; aunque esté muy hambrienta, nunca se arroja sobre los cadáveres. Como el leon, tambien, el águila ama la soledad y habita un desierto, cuya entrada y el derecho de cazar en él prohíbe á otros animales; y es acaso mas raro ver dos parejas de águilas en una misma porcion de montaña que dos familias de leones en la misma parte de una selva. Permanecen bastante retiradas unas de otras para que el espacio que se han dividido les suministre suficiente pasto; y solo cuentan el valor y la extension de sus reinos por la caza que producen.»

Valeria.—Yo creía que el leon era de mala condicion como el tigre.

M. de Montrol.—Todos los que han estudiado estos temibles animales aseguran que sus caracteres son bien diferentes. El tigre, cruel por instinto, se complace en destrozar su presa; la ataca sin estar

hambriento; la tortura sin piedad; nada puede domar su natural feroz, y es pérfido.

El leon, por el contrario, es susceptible de adhesion, de gratitud y de generosidad: testigos el leon de Androcles y el de Florencia.

Valeria.—Bravo! hé ahí dos historias para mí!

M. de Montrol.—Ruega á tu prima que te las cuente.

Valeria.—¿Querrás, Elvira?

Elvira.—Sí, hija mía. Hé aquí la primera:

Androcles era un esclavo romano que, para sustraerse á los malos tratamientos de su amo, huyó de la casa de éste y se ocultó en una caverna en medio de una selva. Poco tiempo despues de acogerse á ella, vió entrar un formidable leon, cojeando, y exhalando terribles rugidos á causa del dolor que le causaba la herida que en una mano le habia hecho una espina. En vez de enfurecerse al ver en su guarida un ser humano, se acerca á él, le presenta la mano, y prorrumpe en quejidos como si le pidiese auxilio en su mal. El esclavo, alarmado en un principio, se tranquiliza con aquellas demostraciones del pobre animal; toma su mano, arranca de ella la espina, y el fiero habitante de la selva, aliviado ya de su dolor, se acuesta y coloca de nuevo en las manos del esclavo la suya herida: así durmió durante algunas horas. Desde entónces, salia á cazar al rayar el dia, y jamás tocaba á su presa sin presentarla ántes á su amigo y libertador. El esclavo, cansado de esta vida, deja al leon, y á poco cae en manos de soldados que lo ponen de nuevo en poder de su amo, el cual lo condenó en el acto á morir devorado por las fieras en el circo. Sale á él el esclavo; sale tambien la fiera que debia devorarlo; y cuando el pueblo, ávido de sangre, comienza á lanzar gritos de gozo á la idea del horrible espectáculo que vá á presenciarse, su admiracion le hace enmudecer de estupor: en vez de acometer á su víctima, la fiera que salia precipitada de su jaula, se detiene, la mira, se acerca á ella, y se echa á sus piés sin causarla el menor daño. Era el leon á quien Androcles habia sacado la espina de la mano en la selva, que lo ha reconocido: el animal le muestra su gratitud y lo defiende. Informado el emperador de lo extraño del caso, hace comparecer á Androcles, le pregunta la causa de aquel fenómeno, y explicada, le concede la libertad con la vida, y le hace donacion de la fiera, que seguia por todas partes al liberto en lugar de volverse á sus queridas selvas.

[Continuará.]

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO VI.

DIFERENTES APLICACIONES DE LA URBANIDAD.

ARTICULO I.

DE LOS DEBERES RESPECTIVOS.

[Concluye.]

XXXV

Entre los comerciantes y las personas que entran á sus establecimientos.—La afabilidad en el comerciante es no solo un deber de urbanidad, sino un elemento eminentemente mercantil. El que necesita un género ocurre naturalmente, en igualdad de circunstancias, al establecimiento donde sabe que será recibido con mayores muestras de atencion, y huye, por el contrario, de aquel en que un semblante adusto y un trato áspero y descortés han de lastimar su dignidad y su amor propio, y aun servirle de embarazo para examinar detenidamente los objetos y hacer una eleccion que le deje satisfecho. Y como quiera que el progreso del comerciante está en razon directa de la pronta realizacion de sus mercancías, se deduce que aquel que sea mas afable y político hará una carrera mas próspera y feliz.

XXXVI

El comerciante ofende á la persona de consideracion que se le acerca, y se ridiculiza él mismo cuando emplea con ella halagos indebidos, cuando le hace elogios desmesurados de sus mercancías, cuando se esfuerza en hacerla concebir sobre éstas cualquiera idea manifestamente contraria á la realidad, y cuando, sin tener con ella ninguna amistad, le protesta que hace una pérdida por venderle lo que solicita.

XXXVII

Es sobremanera incivil é impropio el conservar un comerciante su sombrero puesto, cuando se dirige á él en su establecimiento una señora, ó otra persona que sea para él muy respetable, lo mismo que aparecer en cualquiera ocasion desaliñado ó mal vestido, como en mangas de camisa, sin corbata, etc.

XXXVIII

La persona que entra á un establecimiento mercantil, no debe ir á molestar inútilmente al comerciante manifestándose impertinente y descontentadiza, ni contradecirle abiertamente bajo ningún respecto, ni maltratar las mercancías al examinarlas (¿v. art. 6º del cap. 4º), ni deprimir éstas delante de otras personas y en ninguna ocasion con palabras fuertes y descorteses, ni entrar, en fin, en prolongados y fastidiosos regateos que indican siempre un carácter vulgar y mezquino. El proponer á un comerciante un precio notablemente menor del que ha pedido, es un acto ofensivo á su dignidad y buena fé, de que no dan jamás ejemplo las personas de buena educacion.

XXXIX

Entre ricos y pobres.—Las consideraciones que el rico debe al pobre están fundadas en los bellos y liberales principios de la sana filosofía; pero ellas tienen un origen todavía mas puro y mas sublime en la ley de Aquel que amó y santificó la pobreza y la situó en el camino del Cielo. El Evangelio, sin excluir á los ricos de los premios futuros que ofrece á la virtud donde quiera que se encuentre, designa á los pobres como los mas llamados á gozarlos, por sus privaciones, sacrificios y sufrimientos; y mal puede el hombre á quien la fortuna ha favorecido con los tesoros de la tierra, mirar con indiferencia ó menosprecio á aquel á quien están especialmente prometidos los tesoros de una gloria eterna.

XL

Un rico no deberá jamás lamentarse con un pobre, de pérdidas, privaciones ó falta de recursos, cuando á ello no se vea obligado por la necesidad de justificar una negativa, pues el pobre podria interpretar esto como una precaucion contra la exigencia de algun servicio, lo cual seria altamente ofensivo á su carácter y á su amor propio; á ménos que entre ambos exista una amistad tan cordial y estrecha que excluya toda sospecha de este género, y las quejas del uno deban ser naturalmente recibidas por el otro como un inocente desahogo en el seno de la confianza.

XLI

El pobre debe considerar que así como el premio de sus sufrimientos se encuentra en el Cielo, así durante su mansion en la tierra su subsistencia, las comodidades que puede alcanzar, y el alivio de sus penas, dependen en gran parte, ya directa, ya indirectamente, de las empresas que crea y fomenta el rico, y muchas veces de la generosidad con que éste se desprende de una parte de sus rentas para socorrer sus necesidades. Mirando la riqueza individual como uno de los mas importantes elementos de las artes y de la industria, del progreso material y aun moral de los pueblos, y sobre todo, como el amparo de la indigencia, el pobre deberá honrar y respetar en el rico tan nobles atributos, prodigándole todas las atenciones á que sus virtudes le hagan acreedor. Y cuando el peso de la miseria llegue á oprimirle, léjos de contemplan los ajenos goces con el ojo de

la torpe envidia, se someterá con religiosa resignación á la voluntad divina; pues si la pobreza puede ser una virtud, si ella puede abrirnos las puertas del Cielo, no es ciertamente por el solo hecho de vivir condenados á ella, sino por el de aceptarla como la aceptó el Hijo de Dios, amarla como él la amó, y acompañarla de todas las virtudes de que él mismo quiso darnos ejemplo.

XLII

Entre la persona que exige un servicio y aquella á quien se exige.—Una persona delicada, cuando necesita con urgencia alguna cosa que no puede absolutamente proporcionarse por sí misma, y se ve por lo tanto obligada á solicitarla entre sus amigos, se dirige siempre á los de su mayor intimidad, y no ocurre á aquellos con quienes no tiene ninguna confianza, sino en casos extremos y en que la fuerza de la necesidad justifique plenamente su exigencia.

XLIII

Las exigencias indiscretas son del todo ajenas de la gente bien educada; y así, jamás debe pedirse un servicio á una persona que, para prestarlo, haya de hacer un sacrificio de cualquiera especie, cuando pueda ocurrirse á otra que se encuentre en diferente caso, ó bien prescindirse enteramente de aquello que se desea.

XLIV

Segun la naturaleza y entidad del servicio, el grado de amistad que medie con la persona á quien se exige, y el mayor ó menor esfuerzo que ésta haya de hacer para prestarlo, así serán mas ó menos vehementes las expresiones de excusa que acompañen la súplica, y aquellas con que haya de manifestarse el agradecimiento que debe inspirar la prestación del servicio.

XLV

La gratitud es uno de los sentimientos mas nobles del corazón humano, y por desgracia el que se ve mas frecuentemente combatido por las malas pasiones. Es imposible encontrar una buena educación y una completa honradez en quien es capaz de olvidar los servicios ó corresponderlos con ruindades; y acaso no ha habido en el mundo ningun malvado que no haya principiado por ser ingrato. Debe, pues, cuidarse esmeradamente de cultivar el sentimiento de la gratitud, no borrando jamás del alma el bien que reciba, por pequeño que sea, y aprovechando siempre las ocasiones que la fortuna ofrezca para recompensarlo.

XLVI

En los corazones que aún no están enteramente corrompidos la ingratitud conserva una especie de pudor, que la hace ávida de pretextos para desencadenarse y mostrarse en toda su fealdad; y así se ve muchas veces que el hombre que ha recibido un beneficio, busca un motivo de queja respecto de su benefactor, ó afecta creerse ofendido cuando éste no se presta á una nueva exigencia, para romper el vínculo de gratitud que á él le une, y considerarse relevado de los deberes que para con él tiene contraídos.

XLVII

A la persona á quien recientemente se ha hecho un servicio, no se le puede exigir otro sin incurrir en una grave falta de delicadeza; á ménos que se necesite urgentemente una cosa que tan solo ella pueda proporcionar, ó que medie una amistad estrecha y un comercio de recíprocos servicios.

XLVIII

En cuanto á la persona á quien se exige un servicio, si está en capacidad de prestarlo, lo hará con tal delicadeza que parezca mas bien que desempeña un deber; y si ha de negarlo, procurará atenuar la pena que causa siempre la ineficacia de una súplica, contestando con razones sólidas y convincentes, en términos muy afables, y deteniéndose mas ó ménos en manifestar el sentimiento que experi-

menta, segun sea la entidad del servicio exigido, y segun los deberes que la amistad le imponga.

XLIX

Nada hay mas innoble y mezquino que hacer un servicio por el interes de verlo recompensado, ni nada mas grosero que abusar de la posición de aquel á quien de alguna manera se ha obligado, por medio de exigencias tales que pongan su agradecimiento á una dura prueba.

L

Mucho ménos deberá abusarse de la posición de la persona á quien se haya servido, con actos que en alguna manera ofendan su carácter y amor propio. La gratitud impone ciertamente deberes muy sagrados, y entre ellos existe el de una especial tolerancia para con aquellos que han sabido inspirarla; mas sería absurdo suponer que ella obligase á sacrificar el honor ó la dignidad personal, y á tratar con amistad al que pretende esclavizar y envilecer un corazón á precio de un servicio.

LI

Entre nacionales y extranjeros.—El que se encuentra en su propio país, rodeado de las personas que le son mas caras en la vida, en medio de los amigos de la infancia, y gozando de cuantas comodidades ofrece siempre el suelo natal, debe recibir y tratar con la mas fina atención al extranjero que, al abandonar su patria, no cuenta con otras ventajas ni con otros goces que los que le proporcione una franca y cordial hospitalidad.

LII

Es una vulgaridad, y sobre todo una violación de los sagrados derechos de la hospitalidad, el negar al extranjero un trato afable y generoso, cuando él observa una conducta leal é inofensiva, y cuando viene á consagrarse á una industria honesta contando con el amparo de leyes liberales, y con la buena acogida que dá siempre una sociedad civilizada y culta.

LIII

La distinción entre nacionales y extranjeros, tan solo deja de ser odiosa en cuanto es indispensable para el orden y la felicidad de los diferentes pueblos que constituyen la gran familia humana: por lo demás, debemos siempre recordar que todos somos hijos de un mismo padre, y que el Redentor del mundo, al entregarse al bárbaro suplicio de la cruz por el rescate de la humanidad entera, nos dejó á todos los hombres la mas sublime prenda de amor, de unión y de confraternidad (§. III, cap. II).

LIV

El que léjos de su patria ha encontrado en suelo extraño una acogida hospitalaria y benévola, y en posesión de todos los derechos que aseguran la vida, la industria y la propiedad á los asociados, puede consagrarse libre y tranquilamente al trabajo, y disfrutar de todos los goces y comodidades que ofrece el país en que se encuentra, contrae no solo aquellos deberes que impone la legislación civil, sino también los que nacen naturalmente del noble sentimiento de la gratitud; y al mismo tiempo que contribuya por cuantos medios estén á su alcance al orden, al progreso y al bienestar de la sociedad que le ha admitido en su seno, observará una conducta franca, leal y amistosa en su trato con los nacionales, aprovechando todas aquellas oportunidades en que pueda comprobarles que ama su país y respeta sus costumbres.

LV

La urbanidad impone á nacionales y extranjeros un deber especial de recíproca y fina galantería, el cual consiste en elogiar siempre, con oportunidad y delicadeza, todo lo que pertenece y concierne al ajeno país, en excusar de la misma manera lo que en él pueda ser vituperable, y en usar de un lenguaje sobremano cortés y comedido, cada vez que en una amigable y pacífica discusión sea inevitable el

hacer observaciones que bajo algun respecto le sean desfavorables.

LVI

El emitir juicios que hayan de herir el amor propio nacional de la persona con quien se habla, el manifestarle desprecio hácia su país, el proferir expresiones que, sin un motivo justificado, tiendan á demostrar el estado de atraso en que en él se hallen las ciencias, las artes, ó cualquiera otro ramo de la civilización, son actos tan incíviles y groseros, que bien pueden por sí solos revelar una carencia absoluta de educación y de cultura. Y respecto de un extranjero, es necesario declarar que cuando incurra en faltas de esta especie, descubre además un sentimiento de ingratitud para con el país que le ha abierto sus puertas, que le ha dado una fraternal acogida, y que, en la escala de su civilización y de sus recursos, le ha ofrecido todas las garantías, comodidades y conveniencias de la vida social.

La corrida de las liebres.

(FABULA.)

Una liebre corría
Tan furibunda en su medroso anhelo,
Que le rozaba el vientre con el suelo
Cuando el espacio con sus piés media.

A esa liebre seguía
Otra en su pús, ligera cual venablo,
Y luego tres ó cuatro, y luego cinco,
Pegando todas ellas cada brinco,
Que parecía las llevaba el diablo.

A las dos leguas de correr sin tasa,
Cae la primera al fin tendida y lasa,
Y luego la segunda..... y etcétera:
Todas, hasta llegar á la postrera.

Recobradas un tanto
De su pasado espanto,
Miran en derredor el llano y cerro;
Y al ver que no las sigue ningun perro,
Se dicen entre sí: «¿qué ha sucedido,
O por qué de ese modo hemos corrido?»
Y al fin sacan en limpio: la primera,
Que corrió por creer que la segunda
Era un galgo bribón que Dios confundía,
Y ésta por ver un galgo en la tercera,
Y estotra por mirar su imágen fiera,
En la cuarta y la quinta;
Y para hacer mi relación sucinta,
Del propio modo cada cual, confusa,
Con las demás su aturdimiento excusa,
Hasta llegar á la postrera y sola,
Que, sin nadie en su pús, vino á la cola.

—«Y tú por qué corrías,
Le preguntan las otras, cuando á nadie
A tu espalda tenías?»

Y ella contesta: «¿Cómo así? ¡Canario!
¿Pues no vino pegado mi contrario
A mí constantemente,
Fiero, horrible y tenaz como ninguno?»

Oír esto, y batir diente con diente
La reunión entera, es todo uno.

—«¿Qué contrario? ¿qué dices?»

—«Importuno
Recuerdo que aun me aflige y atormenta,
Y de terror me asombra!»

—«¿Pero quién era él? Habla, revienta!»

—«¿Quién habia de ser? Mi propia sombra.»

—«¡Horror! horror! exclaman espantadas
Las liebres nuevamente espeluznadas:
¿Que era su sombra ha dicho? Hablemos quedo!»

¡Bendito Dios, y lo que puede el miedo!